

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

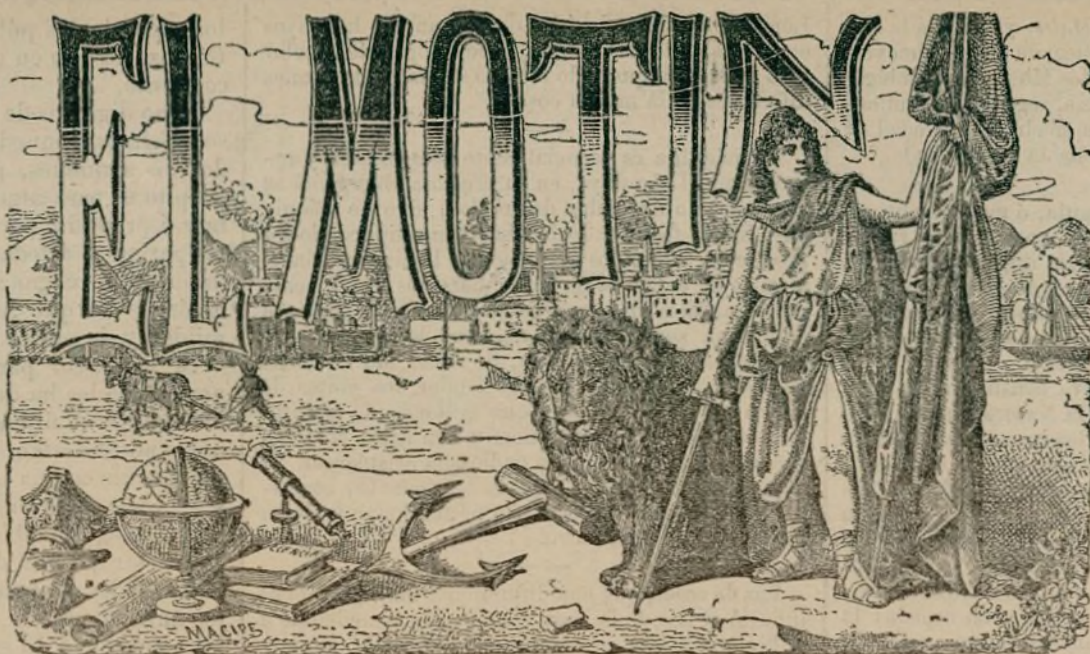
Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO. 0,75	

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

¡NO HABERLO SABIDO ANTES!

Abstraído en profundas meditaciones iba yo por la calle de Fuencarral, cuando un amigo me detuvo, diciéndome:

—¿Dónde vas tan meditabundo? ¿Tal vez pensando en el arriendo de tabacos, ó en la excelente salud que gozan los Sres. Baüer y Rostchild, á pesar de ser ésta la época en que sus antepasados semíticos asesinaron á nuestro Divino Redentor?

—Hombre, no voy meditando en nada de eso. Si me ves triste y cabizbajo, es porque una ingrata modistilla á quien he dedicado cien sonetos, tan malos como los de Cánovas, me acaba de dar unas calabazas que, no quisiera exagerar, se parecen á la cabeza del P. Molina. Y tú, ¿hacia dónde te diriges?

—A San Ildefonso, á oír la explicación de la doctrina.

—¿Qué devoto está el Demonio!

—No hay tal devoción, ni cosa que se le parezca: es que el párroco es el presbítero más de bulla de todo el orbe católico.

—¡Bendita sea tu boca que tal noticia me da! ¡Pues apenas me gustan á mí los señores sacerdotes cuando se dan á eso de los chistes! Voy á acompañarte, á pesar de que tengo cita con un caballero á quien adeudo no sé si dos ó tres duros, y el cual supongo que me dispensará este olvido involuntario.

Entramos en el templo mi amigo y yo, y en el altar mayor hallábase el párroco vestido con el ropaje del gremio, cubierta la cabeza con el gorro de los cuernos (vulgo bonete), sentado en una silla, y explicando á los fieles los preceptos del Maestro.

Por cierto, que se daba la gran maña para inculcarles con frases sencillas ó simples los venerandos misterios de nuestra sacrosanta religión. Trataba en aquel instante de los incalculables daños que la murmuración, los temerarios juicios y la calumnia producen á la sociedad, y decía:

«Yo tengo, supongamos, un sacristán que, como casi todos, se guarda una vela, si puede, y alguna cosilla más. Pues bien; yo me indispongo con él, le despidió, y si me dejó llevar por sentimientos de venganza, á que también estamos expuestos los curas, cuando me vienen á pedir informes los doy malos, y le perjudico á él y á su familia, á pesar de haber cumplido con sus deberes, salvo aquellas faltillas que son inherentes al oficio.

«Por el extremo opuesto pecan aquellos que dan buenos informes de sus sirvientes, á sabiendas de que son más ladrones que Gestas. Lo que ellos dicen: ¡Yo me descargo de él, y á quien Dios se lo dé, San Pedro se lo bendiga!»

En este estilo hablaba, y hablaba bien, el señor cura: por distinto concepto, ambos casos son hurtos de fama penables en el Código Divino

que por cierto no se parece en nada al que está amasando el leguleyo de Burgos.

Luégo, con sencillez y claridad encantadoras, expuso el orador la facilidad con que un presbítero puede incurrir en pecado, inconscientemente por supuesto.

«Ya sabéis vosotras (dijo echándose de galante) que las Compañías de Ferrocarriles facilitan billetes á mitad de precio á los necesitados, y que para esto exigen un certificado de pobreza de los alcaldes de barrio, y, en caso de duda, la certificación de los párrocos.

«Pues bien: supongamos que una señora ó señorita se presenta en el despacho parroquial pidiéndome un certificado de pobreza; y como, dicho sea sin jactancia, me gusta hacer un favor á mis semejantes siempre que lícitamente puedo, otórgola el documento que me pide.

«Figúrense ustedes ahora que en el Cielo ó en el Infierno (ó donde Dios sea servido enviarme) me encuentro un día con los señores ferrocarrileros y me dicen: «Señor cura de San Ildefonso: ha expedido usted tantas ó cuantas patentes de pobre á favor de señoritas que han invertido la economía que por la rebaja obtuvieron, en sombreritos, agua de Colonia, polvos de arroz, etc., etc.» ¿Qué contestaré á esto?»

Y continuando su plática con aquel santo regocijo que debe animar á los bienaventurados (y digo debe, porque no he tenido el gusto de tratar á ninguno), añadió:

«Cuando yo era joven (porque yo también lo he sido), teníamos los mozos la costumbre de echar á las damas el humo del cigarro para despojarlas del artificial colorete».

No me pareció bien eso de ahumar á las señoritas, sus contemporáneas; pero ahora que están sobre el tapete los humos de Huelva, ó, por mejor decir, de Riotinto, se le pueden dispensar á cualquier señor sacerdote esos recuerdos fumigatorios.

Lo que no me dispense ni me perdonaré nunca, es haber dejado transcurrir todo el santo tiempo de Cuaresma sin haber acudido á las explicaciones de la doctrina que tan hábilmente confecciona el señor cura de San Ildefonso. Es verdad ¡pecador de mí! que ignoraba que en Madrid hubiese un cura con tanta gracia. No es extraño. ¡Visito tan poco las iglesias!

El año venidero (pues á los libre-pensadores nos conserva Dios gordos y guapos) no perderé ni una plática del párroco más allegado á las berzas que existe en la coronada villa, y digo esto por lo inmediato que tiene el mercado que lleva el nombre de la parroquia; y acudiré á la parroquia de San Ildefonso, aun cuando para obtener sitio fuese indispensable andar á puñetazos con todas las beatas habidas y por haber.

Pues no quiero llorar, como en éste, á lágrima viva por haber desperdiciado la ocasión de santificarme con la risa en los labios.

Por eso encabezo estas líneas con el epígrafe: ¡No haberlo sabido antes!

LA AGUJA

Tamaño como una arista
y le hace al rey que se vista.

(Adición popular.)

¿Qué chiquitita, qué tenue, qué diminuta es! El pueblo, que lo sabe, ha expresado su pequeñez en esta copla:

Buscar el honor perdido
es lo mismo que buscar
una aguja de las finas
que se pierde en un pajar;

esto es: un imposible. Y, sin embargo, esta cosa tan chica ¡qué importancia tiene!

Per me reges regnant: por mí reinan los reyes, puede decir la aguja. Sin ésta, indicia la adivinanza popular, los reyes andarían hechos unos Adanes, en el sencillísimo traje que usan los chiquillos de los gitanos pobres en los meses de calor, allá por los clásicos barrios del Perchel y la Viña; si la aguja no cumpliera con su oficio, nos veríamos negros para distinguir á un rey de un salvaje bravo ó de un habitante de las Urdes. Un rey en una toilette tan de mañana y veraniega, resultaría hasta para los mismos fusionistas, que es el partido más adicto á la Monarquía que en Europa se conoce, un ser inconcebible. El día que las agujas digan que nones, el día que las agujas se amotinen, los tronos rodarán por el suelo. De aquí á allá hay que dar aún muchas puntadas; las revoluciones no se hacen cortando, sino cosiendo; cuando los hombres políticos se penetren de esta verdad, que ya entrevén algunos, ¡pobres reyes!

El origen de la aguja es por extremo modesto y completamente natural: sólo en los cuentos de encantamiento y en los libros sagrados de todas las religiones positivas, con que se alimenta, y seguirá aún alimentando por mucho tiempo, la credulidad de los niños y de las gentes en quienes predomina el sentimiento y la fantasía sobre la razón, se habla ya de inventos que brotaron perfectos de las manos de su creador y tan súbitamente como se encienden hoy, por ejemplo, los mecheros eléctricos de la Cervecería Inglesa.

La aguja, como todas las cosas, tuvo un origen humilde; sólo con el tiempo ha ido levantándose á mayores. El pariente más remoto que le conocemos es la lezna primitiva, que consistía en un hueso afilado y aparece empleada ya en los pueblos salvajes; con ella los habitantes de la Tierra del Fuego horadaban sus pieles de guanaco, introduciendo el hilo á través de los agujeros que abrían y echándole un nudo en cada uno, sencillo procedimiento que hallamos en uso todavía entre nuestros maestros de obra prima.

En las cavernas de Francia pertenecientes á la remota edad en que vivían el renfiero y el mamuth, animaluchos antiquísimos que han llegado á extinguirse, se han encontrado agujas de hueso provistas de ojo, con las cuales los hombres de aquellos tiempos cosían sus vestidos de pieles.

Después de esta edad, que se divide en dos períodos, el de la piedra tosca y el de la piedra pulimen-

tada, viene la edad de los metales, y con ella la elaboración de las agujas de bronce, de que pueden verse numerosos ejemplares en los Museos arqueológicos. La aguja, hija de la lezna, según estas indicaciones, se emancipó ya de su madre en la edad de piedra. ¡Ya veis si cuenta años la pobrecilla!

Pero la historia de la aguja, ó mejor dicho, su modo de crecer y desarrollarse, resulta muy raro y singular. La aguja ha adquirido importancia empujándose; no parece sino que ha puesto todo su empeño en hacerse imperceptible. Su generosa obra, sin embargo, la delata, como su olor á la violeta, también amiga de esconderse.

La aguja, que en definitiva constituye un instrumento perforante, de que la Naturaleza nos ofrece modelos en el aguijón de los insectos y las espigas de los arbustos, ha seguido un desenvolvimiento análogo al de la espada; pero cifra su título nobiliario precisamente en el carácter opuesto. Sirviendo ambas para pinchar, la espada ha ido alargándose; la aguja ha ido embebiéndose. Las dos señalan un adelanto en su desarrollo. La punta de flecha, prolongándose, ha llegado á convertirse en espada; la lezna, achicándose, se ha convertido en aguja. El arma mortífera, que separa, se ha prolongado para hacer el daño desde más lejos; el utensilio, que une, se ha ido acortando cada vez más, para hacer el bien desde más cerca. La aguja es obrera por excelencia. Las encuadernadoras, cosiendo los pliegos, hacen los libros que en la mayor parte de los casos no aciertan á hacer los autores. La espada es esencialmente militar, imperial, monárquica y guerrera.

Si una espada ó un estoque, esto es, una *aguja larga*, hiere, otra *espada más corta*, esto es, una aguja, une los puntos de la herida y favorece la cicatrización y la cura. Entre la espada que hiere y mata y la aguja que cose y sana, la civilización se decide por esta última. Singer es más grande que Krupp.

Pero ¡maldito Singer! ¡maldito Singer!, dirán algunas costureras. Las pícaras máquinas han venido á robarnos el sustento y á quitar valor á nuestro trabajo. ¡Maldito Singer! ¡maldito Singer!, susurrarán á vuestros oídos los enemigos de la civilización, los interesados en haceros creer que todo adelante es obra del Demonio, y las máquinas, por tanto, un daño para vosotras. Observad, sin embargo, que creerlo así equivaldría á declararos inferiores á las mismas máquinas á las que envidiáis, y á suponer que Dios, la Providencia ó el Destino, habían decidido que existiesen siempre dos categorías infranqueables de mujeres: las mujeres que rompen y las mujeres que cosen; las que podríamos llamar las *mujeres-espadas* y las *mujeres-agujas*.

No, lectoras, no. Si todas las mujeres son por naturaleza iguales, lo justo es que todas las mujeres cosan; si todas las mujeres son por naturaleza iguales, lo equitativo es que todas las mujeres rompan, esto es, que todas disfruten de los beneficios y ventajas de la costura. Que no haya mujeres con derecho á pensar con el mendigo de Espronceda:

Otros trabajan por que luzca yo.

No, lectoras no. La máquina de coser, como todas las máquinas, no es, no puede ser, racionalmente pensando, perjudicial á los intereses de la clase obrera. Todo lo contrario. Los obreros tienen en las máquinas obedientes auxiliares. La misión de las máquinas es redimirlos y dignificarlos. Haciendo ellas el trabajo en que antes se consumía la fuerza muscular del obrero, convierte á éste en verdadero director de la máquina, y le obliga á un ejercicio más intelectual y menos mecánico, esto es, lo aleja de la bestia para hacerle hombre. El hombre, el verdadero hombre, no existe todavía; es, si bien lo pensáis, una mariposa en estado de larva, un ser en formación; el mono, tío carnal suyo, tiene aún muy poco que envidiarle; una gran recepción de la corte en Palacio, una fiesta eclesiástica, una solemnidad académica bastan para poner de relieve esta verdad. ¿Qué son las grandes cruces, las bandas, los arcos, los galones del general y del lacayo, la borla, muleta y vuelillos de los doctores, las pelucas empolvadas, los calzones cortos, las medias de seda en piernas de alambre; esos pobres niños, puestos de adorno en las delanteras de los coches de los aristócratas, que inspiraron á Eusebio Blasco el artículo *Manolín*, uno de los mejores que ha escrito, ¿qué son esa infinita variedad de armas con que los hombres se matan, llamándose hermanos para mayor irrisión, más que una prueba de nuestra condición simiana? Después de todo, en lo fundamental, discretos lectores, ¿qué diferencia encontráis entre los chiquillos que se apedrean en las Vistillas ó en Chamberí, la artillería alemana bombardeando á Sedán, y los monos de Regent's Park, un Museo zoológico de

Londres, apedreando á los que pasan con las bayas espinosas de los árboles á que se cuelgan de la cola? ¿No veis claro que todo esto no son más que formas diferentes de la misma cosa?

La máquina es esencialmente democrática y republicana. Laboulaye, en su preciosa obra *París en América*, no nos habla de criados, sino de máquinas. Ellas, facilitando la obra y multiplicando los productos, ponen los adelantos de la civilización al alcance de todas las fortunas: hace dos siglos, acaso no llegarían á un ciento las personas que pudiesen hablar en sus últimos años, como de un acontecimiento solemne de su vida, de haber ido en coche alguna vez. Hoy ha bastado tender dos cintas de hierro en las calles para que millones de obreros transiten por ellas, exactamente con igual comodidad y derecho que la más endiosada aristócrata. El tranvía y el raíl, muy imperfectos todavía, constituyen sólo, según sabéis, un perfeccionamiento en las máquinas de arrastre.

Las de coser, que han difundido y multiplicado al infinito el uso de la ropa blanca, tan beneficiosa á la higiene y á la misma dignidad personal, incompatible con el desaseo y la miseria; las de coser se perfeccionarán pronto hasta un límite de que hoy no nos formamos clara idea. *Maquinita, cose*, podrá decir un día la pobre costurera, como en los cuentos de encantamiento. *Agujita, cose la ropa de mis hijos*, dirá la honrada madre de familia, hoy agobiada por el exceso de trabajo. Y la humilde agujita, sumisa, obediente, leal, coserá, coserá sin descanso, realizando generosa el más sublime de los sacrificios: el de servir de criada á su antigua compañera, á la que dió tanto tiempo de comer.

Para entonces, pobre aguja, no lo dudes, redimida la madre de familia, dignificada la obrera, enaltecido el trabajo, y rotas y deshechas y disipadas las negras nubes que anublan hoy la inteligencia, haciéndole desconocer la grandeza de tu pequeñez, para entonces, aguja redentora, tú también serás dignificada como debes; tu hermana de hoy, poetisa gigante mañana, tendrá para ti un himno solemne, que con varoniles acentos entonará un pueblo de trabajadores y hombres libres.

Mientras llega ese día, pobre aguja, sigue enviándome, cariñosa como hasta aquí, tus dulces y misteriosos reflejos, mil veces más apreciados para mí que los del diamante, porque en ellos veo luces de hogar, de honradez y de virtud verdadera.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

ORATORIA SAGRADA

¡Pero qué predicadores se dan por esos pulpitos de Dios!

A la vista tengo un periódico de San Sebastián, que viene todo asustado por las descripciones que se permite un orador que anda suelto por la capital guipuzcoana.

El sacerdote cuyos sermones me obligan á trazar estas líneas, después de fustigar el vicio como no se les hubiese ocurrido á Juvenal ni á Petronio, ni aun al mismísimo Zola, esto es, pintándole con todos sus detalles y todas sus vergonzosas miserias, emprendió la poco caritativa tarea de censurar á los modestos actores del Teatro Principal, citando á uno de ellos por su nombre y presentándole como un modelo de corrupción y perversidad.

Esta poco edificante conducta ha dado lugar á que muchos padres de familia hayan prohibido á sus hijas asistir á las misiones, y á que algunas personas cristianas é interesadas en que el pulpito sea, como debe ser, una escuela de cultura y moralización, acudieran en son de queja á la autoridad eclesiástica; quejas que no debieron ser atendidas, por cuanto el predicador continuó en su nada envidiable tarea.

Por docenas de docenas se cuentan los presbíteros que asaltan la cátedra del Espíritu-Santo, y allí, ante aquel auditorio á quien debían edificar, se extienden en consideraciones que en la clínica de un hospital, en el sumario de un proceso escandaloso, en el registro privado de la policía, ofenderían aun á los oyentes ó lectores más despreocupados.

¡Y cosa extraña! Esos sacerdotes que con sus palabras hacen sonrojar á toda mujer que aún conserve siquiera un resto de pudor, son los mismos que declaman violentamente contra

los espectáculos públicos, como si en ellos se tolerase lo que en el pulpito pasa por moneda corriente.

Y no digamos de los ataques sañudos y personalísimos, requisito indispensable en casi todos los sermones, pues no parece sino que el pulpito es para algunos desdichados la válvula más á propósito para dar salida á todas las bajas pasiones, á todas las iras, á todos los sentimientos de venganza que fermentan en el corazón de los que debieran ser modelos de humildad y de mansedumbre.

Si la mayor parte de los discursos (algún nombre se les ha de dar) que se pronuncian en los templos se dijieran en otro lugar, los Tribunales no se darían punto de reposo en la tarea de instruir causas por injuria y calumnia. Mas, por lo visto, los curas, que se rodean de todos los privilegios habidos y por haber, no podían renunciar al de la difamación en público.

El orador profano es responsable de sus asertos ante la opinión y la ley; los sacerdotes son irresponsables. El escritor tiene pendiente sobre su cabeza el Código Penal, y el más involuntario ataque á las llamadas buenas costumbres le acarrea la persecución, la multa ó el presidio; el presbítero puede desmoralizar so pretexto de religión, describiendo con más crudeza que el más exagerado novelador realista.

En una palabra, los curas están exentos de las leyes que rigen á los hombres, y así andan ellos, y la religión, y la moral. Y pareciéndoles esto poco todavía á los ex-revolucionarios, tratan de declararlos irresponsables en el Código, ó poco menos, para que nadie sea osado á hacer públicos sus actos punibles.

Ríos de sangre ha de costarle al país lo que ahora se fragua, pues merced á la impunidad de que van á disfrutar, podrán preparar cómodamente la nueva guerra civil y perturbar de nuevo, y para muchos años, la patria de Mendizábal.

Es inconcebible tanta aberración, tamaña ceguera y tan grande odio á la libertad en hombres que, como los actuales gobernantes, deben todo lo que son á los sacrificios que nuestros padres hicieron por matar en España la tiranía clerical.

LO DEL CURA

Un curita tremendón,
y por más señas gallego,
la otra noche ha dado un juego
digno de especial mención.
Una paloma perdida
salió con paso ligero
en busca de un caballero
para ganarse la vida.
Y quiso la suerte dura,
para aumentar su dolor,
que en vez de hallar un señor,
tropezase con un cura.
Ese trozo de... timbal,
con teja, sotana y capa,
siguió á la muchacha guapa
hasta su mismo portal.
Y apretando los manteos,
y echando la teja á un lado,
el curita enamorado
lanzaba mil chicoleos.
La niña, que no es un zote,
y mucho menos arisca,
gritaba: — ¡Señá Francisca,
aquí traigo un sacerdote!
Pero el pueblo, que seguía
á la niña y al Tenorio,
comenzó á armar un jolgorio
que á la pareja aturdió.
Y en medio de aquel bureo
un hombre gritó: — ¡Chitón!
Hacedle la operación
que le hicieron á Romeo.
Mas los agentes sacaron
los sables á relucir,
y pusieron á parir
á cuantos se aproximaron.
Y hubo de heridos acopio,
y sustos, gritos, carreras,
escándalo, lucha, mueras
y un cisco que daba el opio.
Mas concluyó con salero
lo del cura tremendón,
durmiendo en la prevención,
hecho todo un caballero.
.....

¡Oh niñas sucias é impuras
que por la noche salís,
mucho ojo con lo que hacís!...
¡Y cuidado con los curas!

Así, de esa zumbona manera, trata un periódico de Barcelona, *El Charlatán*, el excepcional suceso de que se ha ocupado toda la Prensa.

Excepcional, sí; porque no podrá nadie sostener que eso de andar un ministro de Dios por las calles con una mujer pública, es cosa natural y corriente.

Pero como la impiedad no tiene entrañas, se ha apoderado de ese suceso para ridiculizar al virtuoso clero, en vez de haber tendido un velo sobre él, ya que no por espíritu de justicia, por caridad al menos.

Pero ¡sí, sí, justicia! Váyale nadie con esa palabra á los que creen que es justo y conveniente y moral hacer públicas las faltas del clero.

En verdad que los tiempos actuales son de abominación.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Si fuera cierto lo que me dicen, habría que confesar que el señor párroco de Serandinas es el presbítero más desdichado de España.

Mis lectores ya saben los irreverentes *timos* de que ha sido objeto; pues bien, el *pufó* mayor se lo ha soltado una sobrina joven, á quien quería como hija, y que vivía con sus padres en la casa parroquial. ¡Yo no sé cómo ha podido sobrevivir al dolor el anciano, pero virtuoso sacerdote!

Figúrense ustedes que la muchacha estaba enamorada de un joven farmacéutico que la quería mucho, y que pidió la mano de su adorada al hermano del señor cura, padre, según dicen, de la chica, quien se la negó por tener los dos vicios peores del mundo: ¡leer *El Motín* y dejarse la barba!

Pero ¡ay! ¿Quién les hubiera dicho al padre ni al tío que la chica estuviese tan brutalmente enamorada que un día tomase el olivo y se entrase en casa de un vecino, donde quedó depositada?

¡Hay más desdichas, santo Cielo! Sí las hay, para desesperación del infortunado párroco. Los amarelados amantes se han casado civilmente, siendo éste el primer matrimonio de esta clase que en aquel pueblo se ha verificado.

¡Dios aumente la resignación del nuevo Job de Serandinas, y dé á la pareja desobediente una docena de chiquillos laicos, para que la mala semilla cunda hasta que venga el segador con su hoz, y la corte y la lleve á alimentar las llamas del Infierno!

En el *restaurant* Pignatelli, de Zaragoza, surgió hace días un conflicto gastronómico-religioso digno de ser conocido por mis lectores.

Habíanse reunido varios comensales de diversas opiniones políticas, y se trató de examinar el *menu*. Al llegar al *salmón á la holandesa*, un caballero, que se llama republicano democrático-progresista, sintió escrúpulos de conciencia y se opuso á que se promiscuase en Cuaresma, pidiendo, por lo tanto, que se borrara el salmón de la lista.

Entonces se levantó airado un conservador, abogando como un Torenó por los fueros de la gastronomía, y dijo que un salmón bien merecía la pena de cometer un pecado venial.

Prevía una discusión, en que el republicano (*sic*) defendió como un neo las prerrogativas de la religión y el tragaldabas conservador los atractivos del succulento pescado, venció la opinión del primero; mas el segundo, que ni por un Cristo quería prescindir de comer salmón, no se dió por vencido, y se sirvió el referido plato, cometiéndose después tantos pecados como concurrentes eran.

Esto demuestra que el republicano susodicho mantiene con tanta firmeza sus ideas religiosas como sus opiniones políticas, y que el conservador es digno de serlo, porque sacrifica la religión en aras del estómago.

Lo que ignoro es si el republicano escrupuloso será aquel famoso concejal Escosura á quien há tiempo ofrecí una boina. Si alguno de mis amigos zaragozanos lo sabe, que me lo diga á la mayor brevedad, para glorificarle y enaltecerle.

En el número de *El Diario de Avisos*, de la Coruña, correspondiente al día 24 del actual, he leído un misterioso suelto, escrito para desvirtuar una caricatura que, según dice, aparecerá en *El Motín*.

Y como no sé una palabra del asunto á que se refiere, sospecho si habrá algún respetable sacerdote, que trate así de curarse en salud para que no se dé crédito á alguna fechoría que haya podido cometer.

Se habla en el suelto de que si el tal cura es obeso, y ejerce en una villa próxima al Ferrol; pero como obesos hay muchos en la clase sacerdotal, y cerca del Ferrol muchas villas, entre ellas Ares, de

ahí que el colega debería hablar más claro, para evitarme incurrir en alguna equivocación.

En honor de la verdad, debo decir que sé de algún cura obeso que come mucho, bebe más, tiene un vozarrón como un becerro, es enamorado, y ahora corre que se las pela, sin temor á adelgazar, ni á mojaduras, ni á pulmonías, tras dos ovejitas, una de ellas muy cuca por cierto y muy monísima; empresa de la cual puede salir con las manos en la coronilla, porque hay unos buenos mozos que les hacen la corte y están dispuestos á dar un susto á su gordinflona paternidad; pero, en honor de esa misma verdad, debo declarar que no tengo noticia de que sea ése el aludido por *El Diario*.

De todas maneras, no deja de ser extraño el novísimo procedimiento de ponerse el parche antes que la herida.

Tomás, obispo de Zamora, ha repartido una circular impresa condenando la representación del drama titulado *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, calificándola de sacrilega y prohibiendo al pueblo asistir al teatro en nombre de una porción de cosas.

Como la circular no llevaba pie de imprenta y se empleaban en ella palabras de grueso calibre, debió creer, sin duda, el pueblo que no era auténtica de su sagrado pastor, y llenó aquella noche el teatro, en número de trescientas personas más que en las noches anteriores.

Lamentamos sinceramente el fracaso de S. I., por más que no sean de nuestra opinión los empresarios del teatro, que lograron una entrada que no habrían tenido sin la eficaz y oportuna prohibición del virtuoso prelado; y quedamos rogando al Cielo por su importante salud, tan necesaria para traer ovejas al redil de la fe.

Díceseme que el señor obispo pasó también una comunicación al gobernador civil para que prohibiese la representación de la obra, y que el gobernador le contestó excusándose y asistiendo aquella noche al teatro; extraña conducta que no me atrevo á censurar, pero que creo no debió haber seguido con el príncipe de la Iglesia tolerante, humilde y caritativo, que con tanta energía alzó su voz en el Senado pidiendo que se estrangulase á la Prensa.

No pudiendo sufrir con paciencia las diatribas que inventan contra los señores sacerdotes, hoy salgo á la defensa del ejemplarísimo párroco de Hernán Pérez.

¿Pues no han inventado que si se entretiene jugando á la banca y al monte, no es por dar un momento de expansión á sus rudas tareas pastorales, sino para dejar sin un céntimo á quien juega con él? ¿Habrás visto imputación más falsa?

Hasta del hecho sencillísimo de haber enviado á Soria á su criada para sustituirla con otra, y haber vuelto cuando ya no la esperaba, para decirle mil injustas picardías, quieren sacar partido. ¿Como si un sacerdote no pudiera recibir y despachar sirvientas cuando lo tenga por conveniente, sea cual fuere la confianza que con ellas tuviere!

También le acusan de si un día, al oír murmurar á la puerta de su casa contra nuestra sacrosanta fe, salió lleno de ira y con una pistola amenazó á los impíos, en pena de lo cual el prelado le impuso la obligación de pedir perdón al pueblo desde el púlpito tres veces consecutivas.

Aun cuando no fuera más que por la humildad con que cumplió el mandato episcopal, deberían admirarlo, y abstenerse de hacer público un hecho que, en todo caso, demuestra su celo é interés por el buen nombre de la Iglesia.

¡Pero váyale usted á los impíos con reflexiones piadosas!

El primer viernes de Cuaresma subió al púlpito en Alcázar de San Juan el reverendísimo trinitario Fray Primitivo, y entre otras saludables advertencias, dijo á los fieles que los sabios filósofos del siglo XIX eran unos borricos.

Los fieles, sin advertir que Dios se complace en ensalzar á los humildes, la han tomado con el reverendo, á pretexto de que en sus mocedades fué molinero, y se burlan de todo cuanto dice, exclamando irrespetuosamente: «Esa es harina de otro costal».

Aun cuando yo reconozca que el P. Primitivo ha nacido mucho tiempo después que Salomón, y que no tiene con él ningún parentesco, no por esto he de consentir sin protesta que le llamen bruto á las primeras de cambio.

Cada uno es como es, y acaso el que creemos más burro sea el más sabio ante los ojos de Dios. Conque á callar y dejar en paz á D. Primitivo.

Tantas y tan penosas son las tareas espirituales que agobian al señor cura párroco de Pozuelo (Cá-

ceres), que se ve obligado á buscar unos momentos de reposo en el juego de Villar. (Con V, por lo que yo me sé.)

Así es que permanece largas horas haciendo girar las carambolas, y luego, como es tan humilde y le agrada tan poco molestar á nadie para que le abra la puerta, sale por ventanas y corrales, demostrando una vez más que Dios protege á sus ministros evitando que se rompan la crisma en tan peligrosos pasos.

Y tanto más es de advertir la protección que el Cielo le dispensa, cuanto que, siendo él un poco bastante feo, teniendo la voz más inarmónica del mundo, semejante á una carreta chillona que se arrastra sobre desiguales guijarros, aún hay hijas espirituales que se entusiasman ante su presencia.

Así recompensa el Altísimo los méritos que contrajo en la primera guerra civil, de la cual conserva en la parte opuesta á la frente el signo indeleble de su temerario empuje é inusitado valor; y así deseo que continúe mucho tiempo para bien de la religión y daño de los herejes.

Porque el dignísimo cardenal arzobispo de Sevilla provee todos los cargos del cabildo en parientes ó paisanos suyos, astures por naturaleza y gracia, algunos clérigos envidiosos murmuran *sotto voce* contra las sabias disposiciones del metropolitano, y uno de ellos llegó á ridiculizarlas (horrible pecado) diciendo:

—¡No parece sino que las sillas del cabildo son como las cubas de los aguadores, que sólo pueden con ellas los hijos de Pelayo!

Sed dóciles, mis amados presbíteros; acatad sin reserva los actos del prelado, porque la murmuración contra el superior jerárquico os hará perder la gloria eterna.

Aparte de que pudiera haceros perder también las licencias y, por consiguiente, el vil garbanzo.

Nota. Escrito esto, leo un comunicado del deán de Sevilla, dirigido á *El Globo*, en que se hace constar que el cabildo está muy contento con ver á la parentela del cardenal ocupando los mejores puestos. Más vale así.

Discusión coreográfico-celestial sostenida entre el señor cura Ferreiro, de Monforte, y una señorita Hija de María, aficionada á mover las piernitas. (Presenciaron el acto los dos misioneros jesuitas y varias devotas.)

Ferreiro.—Vea usted, Padre Garay, estas hijas de María, que se van al baile y bailan unidas con los muchachos, cosa peligrosa, porque el contacto... y las conversaciones dan ocasión á pecar.

La Hija de María.—Pues en el Cielo también se baila; y bailándose allí, bien podemos bailar nosotros en la Tierra.

Ferreiro.—(Con voz grave y aire magistral.) En la Corte Celestial se bailan *jotas* y *muñeiras*, que son bailes sueltos y decentes.

Conque ya lo saben mis lectores. Si aspiran á divertirse algún día entre los bienaventurados, ya pueden comprar una gaita y ensayar unos pasos del popular himno gallego.

¿Cuánto siento no saber el nombre del dignísimo señor cura de las Minas de Riotinto y tener siempre que designarle con el apodo de *Cara Ancha*!

Y lo siento doblemente, porque sus virtudes me obligan á ocuparme de él con frecuencia.

La otra noche estaba disertando sabiamente desde la cátedra del Espíritu Santo, cuando un niño empezó á llorar (tal vez sugerido por el Demonio).

El señor *Cara Ancha* se incomodó justamente de que le interrumpiesen en el calor de la improvisación, y no pudo por menos de exclamar: «¿No dicen que ha hecho tanto estrago en los niños el sarapión?»

Tiene razón el humilde sacerdote. Si la terrible enfermedad se llevase á todos los niños de las Minas, volarían al Cielo derechos, y no irían á interrumpir sus grandilocuentes oraciones.

Así debieron pensar también las piadosas damas que le oían, pues no hubo una madre que protestara contra las palabras del manso predicador.

A las cristianísimas devotas de Aranda de Duero les pedía el alma, y no sé si también el cuerpo, una visita de misioneros de la Compañía de Jesús, y cuatro de éstos fueron á satisfacer sus deseos.

Por cierto que predicaron á las mil y quinientas maravillas. Uno de los Padres, después de pintar el Infierno con todos sus horrores, tales como dragones, hogueras, garfios, azufre, alquitrán, rayos fulminantes, etc., acabó por disciplinarse con unos hierros (al parecer), con cuyo espectáculo las almas sensibles se conmovieron y hubo gritos, desmayos, lágrimas á torrentes y confesiones por gruesas.

Dios proteja á los Padres y les conceda en todas partes los mismos resultados que en Aranda, y ojalá todas las beatas, á imitación de las arandenas, sean dóciles y sumisas á sus mandatos, y, como la blanda cera, se dejen imprimir por el molde de su pujante elocuencia.

La paz del Señor reina en la casa del señor cura de Oural, y sobre él y sobre cuantos tienen con él trato íntimo derrama Dios frutos de bendición.

Tuvo una sirvienta, hoy casada con un vecino suyo, al cual regaló en el acto del sacrificio una magnífica casa, rasgo de caridad casi increíble.

A un hijo, de los cinco que ha tenido dicha señora, le costea la carrera eclesiástica en el seminario de Lugo, y á pesar de esto no se agotan sus bienhechores sentimientos, y visita frecuentemente á su ex-criada, haciéndola abundantes dádivas.

¡Oh nuevo San Vicente (de Galicia)! Yo te bendigo una y mil veces, y me complazco en hacer públicos tus actos generosos para emulación de algunos Padres que pagan con ingratitudes á las santas mujeres que por servirles y complacerles se desvelaron.

Envío mi más sincera felicitación á los dos Padres de la Compañía de Jesús que estuvieron predicando al aire libre en las inmediaciones de Azpeitia.

Uno de ellos, valiente defensor de los ideales católicos, dijo: «Todos los liberales están condenados, y cuantos se tratan con ellos, también lo están».

¡Bravísimo, bravísimo, señores sacerdotes!

Tal vez así consigan ustedes remover las cenizas de la última guerra sacro-carlista, y ¡quién sabe si alguna chispa amortiguada se encandilará! Y entonces... ¡Qué satisfacción la nuestra!

Sería de sentir que este Gobierno católico, aunque algo liberal, evitase la regeneradora tarea que con tanto celo están ustedes llevando á cabo.

La Providencia, que protege á sus ministros, inspira á las almas piadosas de Jaén la idea de que les envíen regalos, en dinero y en especie.

Hace poco tiempo compraron *once arrobas* de chorizos; después una devota les regaló *cuatro* del mismo embutido, cuarenta docenas de mantecados y doce jamones dignos de tan pocos personajes; y hace pocos días han comprado *doce arrobas* más.

Total de chorizos que el Señor les ha facilitado indirectamente: *veintisiete arrobas*. Esto aparte de otros regalillos, incógnitos ó conocidos, entre los que se cuenta una partida de vino de Málaga.

Dios les aumente la despesa y los conserve tan gordos, para que puedan cumplir á gusto de las señoras devotas los altos fines de su ministerio.

Como tiene el estómago tan delicado el presbítero Sr. Camacho, de Valdepeñas, el caldo del país le hace daño y padece frecuentes indisposiciones que le hacen andar de cabeza; y dicen que el novio de su criada aprovecha esas indisposiciones para entrar en su casa y entablar tiernos coloquios con la doméstica, cosa que no debe gustarle mucho al señor sacerdote, pues cuando lo sabe, se pone de muy mal humor y pasa grandes disgustos.

A esto le llaman celos los impíos, cuando no es más que cuidado por la salvación de las almas y vigilancia por la integridad de los cuerpos.

Los católicos de un pueblo inmediato á Fuente-Ovejuna han abierto una suscripción con el piadoso fin de ofrecer un asilo á Su Santidad, en el caso de que sea un hecho la triple alianza y se sacrifique en ella al Vaticano.

No creo que nadie quiera arrebatar el Vaticano al Papa, ni menos que éste aceptase la oferta de los fuente-ovejunos, convirtiéndose en soberano y vecino de un villorrio; pero aplaudo la buena fe de los suscritores, los cuales se habrán dicho con el mayor candor del mundo:

—Para apacentar el rebaño del Señor, ¿dónde habrá lugar más á propósito que Fuente-Ovejuna?

Señor cura párroco de San Cristóbal (Cuba).

Ha llegado hasta mí la noticia de que pidió usted cuatro mil pesetas por celebrar la fiesta del Santo Patrono, siendo esto causa de que no se celebrara.

También he visto una hoja volante que uno de sus feligreses ha dado á luz para mortificarle, y en la cual le hace durísimos cargos.

Yo no sé adónde vamos á parar con esta generación pervertida; pues cuando se atreven á sacerdotes tan puros como usted, ¿qué no harían si algún ministro del Señor tuviese la desgracia de faltar en algo?

Hay gentes que se figuran que con los Santos se

puede hacer lo que hace Sagasta con el país, esto es, prometer y no dar, y están en un grandísimo error. Para demostrarlo, allá va un ejemplo.

Una mujer de Vinaroz ofreció á San Sebastián, durante la pasada epidemia cólera, decirle una misa.

Pasó el peligro y la buena mujer no se acordó de la oferta; pero, según afirman personas muy católicas y por lo tanto fidedignas, ha pocos días se le apareció el Santo reclamando lo ofrecido, y la tal devota no tuvo más remedio que cumplirlo.

Sirva esto de lección á los cristianos tibios y desmemoriados que creen que los Santos se olvidan de las promesas que les hacen.

¡Vaya con Dios el dignísimo ex-párroco de Quintanar, ya que tan gratos recuerdos deja en la población!

Ahora estarán tranquilos esos sacerdotes hijos y vecinos del pueblo, que, aunque muy virtuosos también, no tienen el ardor sacro y el entusiasmo místico de ese párroco, que deja á sus feligreses tristes y llorosos.

El señor cura de Tarancón va á ocupar el puesto vacante. ¡Quiera el Cielo que imite las virtudes de su predecesor, que tan cristianamente edificó á sus feligreses, como podrá ver al tomar posesión del curato!

Ha sido sacrilegamente robada la iglesia de Pastana, llevándose los ladrones varias alhajas y vasos sagrados, más dos mil cuatrocientos reales en metálico.

¡Válgame Dios! Cada vez que considero lo infructuosas que son las tareas evangélicas de tanto misionero como predica por ahí, me desespero.

Por lo visto, conmueve más á las almas empedernidas un puñado de plata que el oro purísimo de la inagotable mina espiritual, que tan pródigamente reparten los ministros del Señor.

La paz y tranquilidad de ánimo que rebosan en el corazón del párroco de Torrecilla de los Angeles le hacen estar siempre contento y demostrar su alegría cantando y entregándose á honestas distracciones.

Por lo demás, es tanto su celo, que, con esa fortaleza de los justos, vapulea algunas veces á los jóvenes libertinos del pueblo que se apartan del sendero de la virtud.

Ya daré á mis lectores algunas noticias más de este virtuoso presbítero, pues cada vez que canto sus glorias parece como que se me ensancha el alma.

El señor sacerdote de Vinaroz, D. Cristóbal Falcó, lleva muy adelantadas sus gestiones para fundar un Círculo católico que algunos impíos se empeñan en llamar carlista; y dícenme que la Junta tiene ya reservada una buena partida de *caldos rancieros* para solemnizar la inauguración que, según parece, honrará con su presencia el señor obispo de Tortosa.

No saben ustedes cuánto me alegro, siquiera porque el dignísimo D. Cristóbal se desquite del disgusto que sufrió en aquella procesión de que ya tienen noticia mis lectores.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Oviedo.—Presbítero Cordero incansable visita viudas y huérfanas.

—¡Qué envidia le tengo por la piadosa tarea que ha emprendido, la cual ha de producir muchos frutos espirituales, si la bendición del Cielo le alcanza!

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—Como usted se trata, ó, por mejor decir, le tratan los curas (pues todos ellos son lectores fervorosos de EL MOTÍN), le suplico me diga, si lo sabe, cómo anda de caridad el párroco de Chamberí.

Si de paso me pudiera usted decir algo de ciertos propósitos del *curiano* Dionisio, perteneciente á la *chamberilera* parroquia, se lo agradecería muchísimo.

—Mi amigo el P. Bocos ejerce la caridad á su modo, ¿estamos? En cuanto á los propósitos de Dionisio, nada tengo que decir, porque no sé una palabra.

Madrid.—¿Sabe usted si en poder de la Junta de Beneficencia de Señoras de la parroquia de San Ildefonso existe un fuerte legado del Sr. Parraverde, consistente en unos miles de duros, ó si se ha distribuido ya con arreglo á la voluntad del piadoso testador?

—Lo ignoro, cristianísima beata. En cuanto á lo demás que me pregunta del precio de una colección de EL MOTÍN, debo decirle que los números publicados en los seis años que cuenta el periódico, se venden en esta Administración, lujosamente encuadernados en cuatro tomos, al precio de *ciento cincuenta pesetas*.

Madrid.—¿Tiene usted noticia de si un virtuoso sacerdote de San Plácido visita con frecuencia una casa de la calle de Jacometrezo, sin duda con objeto de instruir en nuestra santa religión á una joven, morena y graciosa por cierto, que diariamente concurre á ella?

—No la tengo. Lo de que el visitante sea un virtuoso presbítero de San Plácido, no me sirve de indicio para averiguar quién es. Son tan virtuosos todos los capellanes de dicho convento, que es casi imposible acertar con el evangelizador.

Y aunque tuviera algún indicio, nada diría sin verlo por mis propios ojos; pues soy como D. Tomás, digo, como Santo Tomás, que necesito ver para creer.

Almería.—¿Sabe usted en qué capital de España ha sido desenterrado el cadáver de un niño, por mandato de un párroco violento y atrabiliario, y si la madre del niño ha presentado la correspondiente queja á la Autoridad?

—No tengo noticia del hecho, y por lo tanto ignoro dónde habrá ocurrido eso. En todas partes hay curas bárbaros, dicho sea con gran dolor.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acaba de ponerse á la venta el cuaderno tercero de la interesante obra del Sr. Rodríguez Solís *Los Guerrilleros de 1808 (Historia popular de la guerra de la Independencia)*, que se publica con tanta aceptación.

Esta obra está llamada á alcanzar un éxito extraordinario, tanto por la grandeza del asunto, cuanto por el mérito de la ejecución.

Se suscribe en casa del autor, Lavapiés, 28 y 30, Madrid, y en las principales librerías de España, á *peseta* el cuaderno mensual de 96 columnas de impresión, lleno de grabados.

El Día del Desposorio, drama en tres actos y en verso, original de Tomás Mur.—Representado por primera vez en Madrid, con extraordinario éxito, en el teatro de Novedades el 18 de Marzo de 1887.—*Imprenta Popular*, á cargo de Tomás Rey, Plaza del Dos de Mayo, número 4.

Véndese en casa del editor, Florencio Fiscowich, Pez, 40; en las principales librerías, y en esta Administración, al precio de *dos pesetas*.

El maestro Marqués nos ha remitido dos preciosas y fáciles melodías para piano, del género de la *Primera lágrima*, del mismo autor, tituladas *La Canción del Desierto* y *Dolora*.

Las hemos oído, y es seguro que estas dos melodías tendrán el mismo gran éxito que obtuvo la *Primera lágrima*, ya agotada.

El conocido é ilustrado escritor D. José María Sáenz Baquero ha publicado la primera parte de la *Monografía histórico-crítica de Felipe II*.

Forma un elegante tomo de 76 páginas, y véndese á *peseta* en las principales librerías.

Su Majestad la Reina Regente y la Infantería española, por J. V. y R. F.—Madrid, imprenta de Enrique Rubiños, Plaza de la Paja, 7, duplicado.—Precio, *una peseta*.—De venta en las principales librerías.

Damos las gracias al Sr. Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación por habernos remitido el folleto *Votación de las conclusiones del Congreso jurídico español de 1886*.

OBRAS NUEVAS

LOS JESUITAS

Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, envenenamientos y demás pequeñeces cometidas por la célebre Compañía desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoya.—Segunda edición, aumentada con la *Instrucción política*, ó sea la regla que dan á los padres jesuitas en su tercera profesión, *para valerse en el mundo con los seglares, valer con todos y no desfallecer jamás*.—Precio, *dos pesetas*.

De venta en esta Administración, y en las principales librerías.

Los suscritores y corresponsales de EL MOTÍN recibirán esta obra y la siguiente con el 25 por 100 de rebaja.

EL ENEMIGO

por

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Precio, CUATRO PESETAS

Los pedidos á casa del autor, Villalar, 11, principal. Véndese en la Administración de EL MOTÍN, y en las principales librerías.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE

EL MOTÍN

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: *dos pesetas*.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4